


# No y mil veces no

NINA LYKKE

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones 

Título original: *Nej nej og atter nej*

© Nina Lykke

Publicado por Forlaget Oktober, 2019

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agent Casanovas

& Lynch Agencia Literaria

Esta traducción ha recibido la ayuda de NORLA,

Norwegian Literature Abroad

**N**NORLA  
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

Primera edición: enero de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © *The Staircase*, Brooke DiDonato

Imagen de la solapa: © Agnete Brun

ISBN: 978-84-123021-8-9

Depósito legal: B20324-2021

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NO Y MIL VECES NO



Hay una insatisfacción que me gustaría señalar como la insatisfacción de las grandes expectativas. El pleno empleo y la seguridad social y unos estándares que, año tras año, se incrementan rápidamente han infundido en todos una nueva confianza de cara al futuro, pero, al mismo tiempo, han generado también una creciente impaciencia por que todo esto no ocurra más rápido aún.

El primer ministro TAGE ERLANDER durante el debate de los presupuestos del Estado en el Parlamento de Suecia.

Estocolmo, enero de 1956



## CAPÍTULO 1

—¿Qué gracia tiene matarse a estudiar en el cole para acabar teniendo un trabajo y una casa y unos hijos y después seguir matándose hasta que al final te mueres? —preguntó Jonas a los trece años—. ¿Por qué no vivir en una caravana cobrando un subsidio? —prosiguió, e Ingrid no fue capaz de encontrar una respuesta.

Sí, por qué no vivir en una caravana, pensó, por qué no vivir de los subsidios, por qué no tumbarse, por qué no rendirse. Esta era su herencia genética, esta era la enfermedad que llevaba consigo, no era especialmente poderosa y tal vez había conseguido derrotarla y que no le afectara, pero mira, ahora la ha contraído Jonas y pronto la contraerá también Martin y se deprimirán y tendrán sobrepeso y se pasarán día y noche jugando a videojuegos.

Por suerte no hubo más episodios parecidos, pero más o menos un año más tarde los dos hijos dejaron de hablar. De un día para otro pasaron de piar como pajaritos a quedarse mirando, mudos, cada uno su plato, y cuando sus padres intentaban hablar con ellos a la hora de la cena, lo máximo que conseguían era que profiriesen algún que otro gruñido. Mientras tanto, Ingrid y Jan intentaban mantener una conversación, pero les resultaba difícil en pre-

sencia de esas caras silenciosas que masticaban, y, además, era como si hubieran perdido la capacidad de hablar el uno con el otro después de tantos años de interrupciones.

De vez en cuando uno de sus dos hijos emitía un ruido, pero nunca era como cuando eran pequeños. Y de haber sido así también habría resultado extraño y anormal, pensó Ingrid. A pesar de todo estaba satisfecha. Podría ser peor. Desde que tenía memoria había fantaseado con catástrofes o, mejor dicho, con cómo evitarlas. Cuando Ingrid tenía tres años, su madre se suicidó. En aquella época, Ingrid ya sabía andar y hablar y fue consciente de ello cuando, cuatro años más tarde, su padre murió de una intoxicación etílica. Cuando murió su madre, Ingrid tenía la altura suficiente para poder abrir la puerta de la calle, aporrear la puerta de los vecinos y pedirles que llamaran a una ambulancia, igual que aquella vez, a los siete años, podría haber cogido el tranvía hasta Frognerparken y haberle dado la vuelta a su padre para sacarle la cabeza del charco en el que se ahogó.

En lugar de eso, se había quedado durmiendo en la cama. Solo a la mañana siguiente, mucho después de que las treinta y pico pastillas para dormir hubieran recorrido el cuerpo de su madre y hubieran destrozado a su paso todos los órganos y cesado todas las funciones vitales, los vecinos oyeron gritar a Ingrid. La llevaron a vivir a casa de sus abuelos, en Hovseter, y de vez en cuando recibía la visita de su padre, que se acostaba en el cuarto de invitados para pasar la borrachera. Allí estaba gritando sobre unos hombrecitos grises que iban a arrastrarlo al infierno y asarlo ensartado en un palo. Después volvía a marcharse. Regresaba, desaparecía de nuevo y una mañana lo encontraron en Frognerparken con la cara en un charco. Los pocos días que siguió vivo antes de morir por neumonitis química tras inhalar agua encharcada, Ingrid y sus abue-



los lo visitaron en el hospital. Cuando lo vio allí tumbado, enchufado a cables de diverso grosor, Ingrid se dio cuenta de que podría haberlo salvado. Ese pensamiento peregrino se instaló en su interior en el hospital de Ullevål en otoño de 1972, mientras su cerebro de siete años se encontraba en un estadio del desarrollo en el que debía de estar especialmente preparado para recibir información nueva, porque esa idea creció y se desarrolló. Ingrid se dio cuenta enseguida de que también podía haber salvado a su madre, y a lo largo de los años esa noción se alargó en el tiempo y en el espacio y la hizo sentirse vagamente responsable de algo que había ocurrido en el otro lado del mundo o, ya puestos, de lo que pasó durante la Segunda Guerra Mundial, en 1941, es decir, mucho antes de que ella naciera, cuando enviaron a su abuelo materno a Sachsenhausen. Si una conversación tocaba el tema de la Segunda Guerra Mundial o algo que pudiera conducir a que se hablara de la Segunda Guerra Mundial, su abuelo materno se levantaba y se iba. Que el abuelo se levantara y se fuera en mitad de una conversación era algo tan natural para Ingrid como que cuando llueve te mojas. Nadie hacía preguntas acerca de ese comportamiento, pero el resto de la familia creía que había una línea recta entre el silencio del abuelo y el suicidio de la madre. La Segunda Guerra Mundial continuó en el seno de las familias, pasó de una generación a otra e Ingrid debería haber advertido al abuelo antes de que lo arrestara la Gestapo, así su madre no se habría suicidado y su padre no se habría dado a la bebida.

«Había que prepararse para lo peor.» Esta frase se le había quedado clavada en un lugar que no era accesible a la lógica ni a la razón, y tampoco a la hipnosis o la psicoterapia, que también había probado. E igual que sus padres habían muerto mientras ella estaba en la cama, la gente seguía muriendo mientras ella estaba en la cama, y todas

las mañanas leía noticias sobre catástrofes y accidentes que habían ocurrido durante la noche, y ella no había levantado ni un dedo para evitarlos.

Si pasaba por delante de una galería o de un restaurante vacíos, Ingrid tenía que luchar contra el impulso de entrar en la primera y fingir interés por lo que colgaba de las paredes o cruzar la puerta del segundo y sentarse a una mesa. Empleaba mucha energía en luchar contra esos impulsos, que se esforzaban por parecer otra cosa. Si pasaba por delante de una cafetería vacía en la que un camarero solitario miraba hacia la calle, encontraba todo tipo de razones por las que debía tomarse un café, a pesar de que acabara de tomarse uno, solo para permitirse entrar en esa cafetería, ponerlo todo en su sitio, arreglarlo. Nada mejoraba por que ella entrara en un sitio y mirase unos cuadros o pidiera un café, lo sabía, y si alguien insistía en abrir galerías o cafeterías en barrios desiertos no era problema suyo. Pero quienes pronunciaban estas palabras eran la lógica y la razón, y sus vocecitas parlanchinas no podían competir contra los fuertes impulsos que la incitaban a hacerlo de todos modos, como si con esas acciones inintencionadas alimentara a una especie de ser que todo lo ocupa que le dijera: hazlo y te prometo que aliviaré un poco tu enorme culpa. El ser nunca cumplía su promesa y aun así ella se dejaba tentar una y otra vez.

Si les pasara algo a sus hijos, se moriría. Sería su fin, el fin de todas las cosas. Pero no quería pasar más tiempo del necesario con ellos. Si uno de ellos entraba en la habitación, se le aceleraba el pulso, como si fuera una empleada tímida de una empresa en la que Jonas, de veinte años, y Martin, de dieciocho, fueran los responsables. Ingrid siempre sabía cuándo querían dinero. Ahora su gesto era amable y receptivo, casi como antes. Al principio le entristecía. Como una relación de amor que ha terminado, pen-

saba cuando deambulaban por la casa y sonreían y la miraban a los ojos solo cuando querían dinero.

«¿Vienes a cenar hoy?», podía preguntarles en un mensaje de texto, y cuando la respuesta, si es que llegaba, era «no», sin mayúscula ni explicaciones ni disculpas, ella les contestaba: «Vale. Entonces te guardo una ración :-).» Por mí que no sea, pensaba Ingrid cuando pulsaba enviar. Un año después de terminar el instituto, Jonas aún vivía en casa, y mientras decidía qué quería estudiar o si quería estudiar en realidad, trabajaba en una cadena de panaderías de Holtet e invertía todo su sueldo en comprar acciones.

—¿No debería aportar algo para sus propios gastos? —le dijo Ingrid a Jan.

—Sí..., pero no necesitamos el dinero —le respondió Jan—. Así que sería solo por principios. Y no tiene sentido.

—Puede —contestó Ingrid—. Pero si tuviera que pagarnos algo, no le haría tanta gracia vivir aquí.

—Ya se irá. A mí me gusta que siga viviendo con nosotros, que podamos sentarnos juntos a ver la tele y a comer sushi. Es increíble que quiera sentarse a cenar sushi y beber vino blanco con nosotros los viernes por la noche. No creo que muchos chavales de veinte años hagan ese tipo de planes.

—El caso es que sí. En el trabajo se habla de este nuevo fenómeno, que los hijos adultos se pasan los fines de semana viendo la tele con sus padres en vez de salir de fiesta. Pero es caro pedir sushi y vino para cuatro y no para dos. Los adultos cuestan más dinero que los niños. Es como vivir en un piso compartido, solo que pagando por todos. Y recogiendo y lavando sus cosas, además.

Ingrid sabía que la única razón por la que sus hijos se quedaban en casa los viernes por la noche era que así podían comer sushi y beber vino gratis; eso y que Ingrid y Jan

se sentían tan honrados por que ellos quisieran estar allí que les dejaban poner lo que quisieran en la tele, y así esas noches de viernes acababan con series y películas que llevaban a Ingrid a sentarse en la cocina a leer las noticias en el móvil, mientras los tiros y los gritos retumbaban por toda la casa.

—Ya se irán —decía Jan.

Ingrid se arrepentía a menudo de haber tenido hijos. Todo lo que les podía pasar, todos los riesgos. El día que nació Jonas se abrió ante ella un nuevo abismo que no volvería a cerrarse hasta el día que ella faltara. El cuerpecillo de lactante de Jonas había insuflado nuevas fuerzas a las viejas fantasías de catástrofes y, por tanto, Ingrid sabía que ni ella ni Jan se atreverían a echar a sus hijos, a obligarles a salir adelante por sus propios medios. Ni siquiera osaban pedirles con educación que se fueran de casa. Porque ¿y si pasaba algo? Si obligaban a Jonas a buscarse un sitio en el que vivir, a hacerse cargo de sí mismo con un trabajo o un préstamo universitario y, por ejemplo, se cayera de un balcón durante una fiesta y se quedara parálítico o lo mataran de una paliza mientras esperaba un taxi o se emborrachara hasta perder el conocimiento y se quedara dormido en un montón de nieve y se muriera congelado y nadie se diera cuenta porque ya no vivía en un lugar en el que alguien lo esperase sentado, como Ingrid, que cuando no lo esperaba literalmente sentada, lo esperaba despierta en la cama hasta que volvía a casa.

Ingrid recordaba las tardes de su propia infancia y adolescencia cuando sus abuelos querían paz y tranquilidad en casa para poder dormir la siesta. Era imposible imaginarse que ella y Jan, en algún momento de la infancia y adolescencia de sus hijos, se tumbaran en el sofá después de comer y exigieran que hubiera silencio en la casa.

Después de comer siempre había gritos y jaleo y había que salir de casa con el equipo deportivo y subirse a una furgoneta helada y conducir hasta un campo iluminado o un estadio en el que había que quedarse a esperar, de pie, tiritando, porque estaba lo suficientemente lejos como para que no diera tiempo a volver a casa y regresar a buscar a los niños.

Ahora se daba cuenta de que todo ese esfuerzo había sido en vano. No para ella y para Jan, tal vez, en el sentido de que experimentaron la satisfacción de cumplir con su obligación según dictaban los tiempos. Pero a los niños parecía que les daba lo mismo. No eran especialmente buenos estudiantes ni especialmente sociables ni agradables, eran mediocres y ordinarios en todo y si Ingrid tuviera que describirlos de alguna forma, diría que se les daba bien cuidar de sí mismos. Pero ¿no era eso lo que Jan y ella les habían inculcado? ¿Cuidar de sí mismos para que no les pasara nada?

En el futuro se imaginaba a sus hijos de visita en la residencia, se imaginaba sus versiones de mediana edad, con adolescentes y mujer a cuestas, sería un domingo, un único domingo al mes, y no se quitarían el abrigo, pero se sentarían junto a ella en la sala de estar. Ingrid dormiría con la cabeza inclinada. Al cuello aún llevaría un babero que los cuidadores no habrían tenido tiempo de quitarle, con manchas reseca de la cena. A su lado, sus hijos de mediana edad con el abrigo puesto mirarían al infinito o al móvil o al aparato que se lleve por entonces, lo que sea que tenga todo el mundo, mientras las mujeres intentarían sacar temas de conversación. Tal vez le preguntaran a Ingrid qué le habían dado de postre, se lo preguntarían con picardía, como si Ingrid fuera una niña malcriada que solo quisiera comer postres y otras cosas dulces. Los adolescentes resoplarían a intervalos regulares y querrían

marcharse a la media hora y después pasaría un mes hasta la siguiente visita.

No se preocuparían ni pensarían tanto en Ingrid como ella había pensado en sus padres y en sus abuelos y se había preocupado por ellos, e Ingrid veía lo paradójico de ese fenómeno, que podía observar tanto en su propia familia como en la sociedad en general: los padres pródigos recibían un interés y unos cuidados distintos por parte de los hijos a los que recibían los padres que habían cumplido con lo que se supone que es su obligación. No era extraño que los hijos de una madre alcohólica se ocuparan de la casa, se hicieran adultos, escondieran las botellas y vistieran a la madre antes de las reuniones de padres para evitar que alguien alertara a los servicios sociales. Según se mire, a esos niños les podrían ir mejor o peor las cosas, pero lo que tenían en común es que sus padres eran una parte central de sus vidas. Los padres alcohólicos o drogadictos eran un sol negro alrededor del cual los hijos orbitaban sin descanso, un misterio que nunca se cansaban de tratar de descifrar. Ingrid había visto un documental sobre ese tipo de niños, y la cara de uno de ellos en particular se le había quedado grabada en la retina, su rostro amable y esperanzado mientras visitaba a su madre alcohólica en su piso de protección oficial. La madre por fin abría la puerta, llevaba muletas, el hijo le daba un abrazo, le preguntaba qué tal, cómo estás, mamá, cómo te encuentras, comes bien, mientras la madre murmuraba a modo de respuesta y se adentraba cojeando en el apartamento. El hijo la seguía, pero antes de hacerlo se volvía hacia la cámara y decía: «Creo que hoy tiene un día bastante decente».

Ingrid había llegado a la siguiente conclusión: los padres son importantes, pero de la misma manera que el aire y el agua: uno solo se fija en ellos cuando desaparecen o se vuelven tóxicos. Así son también los padres, pensaba In-

grid: algo en lo que solo nos fijamos —o que nos afecta, y entonces es siempre de forma negativa— cuando desaparecen o se vuelven tóxicos o dañinos o se quitan la vida, se hacen alcohólicos, drogadictos, delincuentes. En otras palabras: como padre no puedes conseguir que tus hijos sean mejores de lo que lo habrían sido de todas formas, pero puedes, por el contrario, echarlos a perder.

Si Ingrid hubiera llegado antes a esta conclusión, se habría ahorrado mucho esfuerzo. Porque, como digo, ella y Jan habían sido fieles al espíritu de los tiempos por lo que respecta a la educación de sus hijos. Les habían dado una infancia llena de palabras de amor y contacto físico, desayunos en familia, vítores en los partidos de fútbol, fiestas de cumpleaños, almuerzos sanos que cubrían todos los niveles de la pirámide nutricional, lectura en voz alta, atención, un oído atento a los sueños y a las fantasías, respuestas pacientes a todas las preguntas. Durante una década, Jan y ella habían dedicado, al menos media hora al día, a sentarse con cada uno de sus hijos, una noche con uno y la siguiente con el otro. Los habían alimentado con comida casera, los habían llevado al médico a la mínima, los habían brindado consuelo, aplausos y compañía, los habían llevado en coche y los habían ido a recoger. Habían asistido a todas las charlas, reuniones de padres y jornadas de trabajo voluntario. Los habían apuntado a la banda a pesar de que a ninguno de los dos le interesaba especialmente la música y solo querían apuntarse por los viajes, que se financiaban con un par de mercadillos al año, lo que conllevaba que, cada otoño y primavera, Jan e Ingrid tuvieran que dedicar cuatro o cinco tardes y noches a recorrer en coche la ciudad y recoger muebles, cortinas, juguetes, ropa, baratijas y aparatos electrónicos para, más tarde, dedicar un fin de semana a vender esas mismas cosas, solo para que los niños aprendieran a tocar versiones torpes

y lamentables de «Yesterday» y «Just a gigolo», uno a la trompeta y el otro al saxofón.

«¿Por qué?», pensaba Ingrid cuando se despertaba a la una y media de la madrugada y rara vez conseguía retomar el sueño antes del amanecer. Lo bastante despierta para pensar, pero demasiado cansada para cualquier otra cosa, se quedaba en la cama mientras la noche se iluminaba y se vaciaba de lugares en los que esconderse, y en esos momentos un recuerdo concreto se imponía. Durante muchos años, ella y Jan habían llevado en coche a los chicos al campo de fútbol de Ekeberg, y no solo a ellos, sino también sus bicicletas, como si eso no fuera bastante. Ingrid cerró de nuevo los ojos para protegerse del recuerdo claro y preciso de cómo ella misma metía las bicicletas en la furgoneta, una Volkswagen Caravelle, mientras los chicos esperaban sentados en su asiento, cada uno con su móvil. Allí estaba ella, una mujer sudada y agotada de mediana edad, cargando las bicicletas en el maletero, mientras dos chicarrones esperaban sentados a que terminara.

Los dos chicarrones que la propia Ingrid había traído al mundo eran más altos que ella, le sacaban más de una cabeza, pero no sabían ni limpiarse el culo. Tenían los calzoncillos llenos de palominos que Ingrid rociaba con quitamanchas y lavaba con agua hirviendo en la lavadora. En otras palabras, todavía les cambiaba los pañales. Eran capaces de dar su opinión y argumentarla, entendían su pequeña cartera de acciones —porque Martin había empezado a trabajar en una cadena de panaderías y había comenzado a invertir él también—, pero resultaba imposible imaginárselos enfrentándose a retos reales, soportando el aburrimiento, soportando el dolor. Ingrid deseaba que el servicio militar fuera aún obligatorio; pero solo lo deseaba una parte de sí misma, la otra quería cuidar de ellos, no estaba dispuesta a enviarlos a ninguna posible



guerra. Claro que no. Y aun así. Un domingo por la mañana podía haber una pizza carbonizada dentro del horno todavía encendido, mientras Martin estaba tirado en el suelo del baño, dormido y roncando, aún borracho. Por las tardes, Ingrid se encontraba la cocina sucia y desordenada aunque la hubiera dejado impecable y se pasaba las noches despierta discutiendo y peleándose consigo misma a través de diálogos, conversaciones telefónicas y correos electrónicos que nunca llegaban a materializarse o a enviarse en la vida real. Eso podía hacerlo, lo que no era capaz de conseguir es que sus hijos se limpiaran bien el culo o se lavaran los calzoncillos o recogieran la cocina o simplemente mantuvieran una conversación normal con sus padres que no fuera para pedirles dinero o favores.

Ingrid quería dar marcha atrás en el tiempo y hacerlo todo de otra manera. Pero era demasiado tarde, sus hijos eran mayores, estaban formados, estaban acostumbrados a que alguien lo hiciera todo por ellos en nombre del amor. A veces fantaseaba con que sus hijos se iban a vivir a Australia y, al mismo tiempo, se ocupaba de que allí estuvieran enteramente a salvo. Soñaba que volvían a ser pequeños y tenía que cambiar el rumbo de su vida. Ingrid no tenía ni idea de cuál sería ese nuevo rumbo y se imaginaba a sí misma dando vueltas de un lado a otro, cada vez más encorvada, rociando calzoncillos con quitamanchas hasta la extenuación.

Del piso oscuro y estrecho de sus abuelos en Hovseter, Ingrid había llegado a la familia sólida y llena de tradiciones de Jan, en su enorme casa en Solveien. Al fondo del jardín de esa casa, junto al camino, ella y Jan habían construido la suya, que era una versión moderna de la casa antigua, del mismo color marrón y con los mismos marcos azules en las ventanas.